

CAPÍTULO 2

Dios Incomprensible

Señor, ¡qué grande es nuestro dilema! En Tu Presencia el silencio nos conviene, pero el amor inflama nuestros corazones y nos constriñe a hablar.

Si calláramos, las piedras gritarían; pero si hablamos, ¿qué diremos? Enséñanos a conocer lo que no podemos conocer, porque las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios. Que la fe nos sostenga donde falla la razón, y pensaremos porque creemos, no para creer.

En el nombre de Jesús. Amén.

El niño, el filósofo y el religioso tienen todos una misma pregunta: "¿Cómo es Dios?"

Este libro es un intento de responder a esa pregunta. Sin embargo, de entrada debo reconocer que no puede responderse salvo diciendo que Dios no se parece a nada; es decir, no se parece exactamente a nada ni a nadie.

Aprendemos utilizando lo que ya conocemos como puente por el que pasamos a lo desconocido. No es posible que la mente se estrelle repentinamente más allá de lo familiar hacia lo totalmente desconocido. Ni siquiera la mente más vigorosa y audaz es capaz de crear algo de la nada mediante un acto espontáneo de imaginación. Esos seres extraños que pueblan el mundo de la mitología y la superstición no son puras creaciones de la fantasía. La imaginación los creó tomando los habitantes ordinarios de la tierra, el aire y el mar y extendiendo sus formas familiares más allá de sus límites normales, o mezclando las formas de dos o más para producir algo nuevo. Por bellos o grotescos que sean, sus prototipos son siempre identificables. Se parecen a algo que ya conocemos.

El esfuerzo de los hombres inspirados por expresar lo inefable ha ejercido una gran presión sobre el pensamiento y el lenguaje en las Sagradas Escrituras. Siendo éstas a menudo una revelación de un mundo superior a la naturaleza, y las mentes para las que fueron escritas una parte de la naturaleza, los escritores se ven obligados a utilizar una gran cantidad de palabras "similares" para hacerse entender.

Cuando el Espíritu nos da a conocer algo que está más allá del campo de nuestro conocimiento, nos dice que esa cosa se parece a algo que ya conocemos, pero siempre tiene cuidado de formular su descripción de modo que nos libre del literalismo servil. Por ejemplo, cuando el profeta Ezequiel vio el cielo abierto y contempló visiones de Dios, se encontró mirando lo que no tenía lenguaje para describir. Lo que veía era totalmente diferente de todo lo que había conocido antes, así que recurrió al lenguaje de la semejanza. "En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como carbones encendidos de fuego".

Cuanto más se acerca al trono ardiente, menos seguras se vuelven sus palabras: "Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una semejanza de trono, como la apariencia de una piedra de zafiro; y sobre la semejanza del trono estaba la semejanza como la apariencia de un hombre encima de él. Y vi como el color del ámbar, como la apariencia del fuego alrededor dentro de él... Esta era la apariencia de la semejanza de la gloria del Señor".

A pesar de lo extraño de este lenguaje, no crea la impresión de irrealidad. Se deduce que toda la escena es muy real, pero totalmente ajena a todo lo que los hombres conocen sobre

tierra. Por eso, para transmitir una idea de lo que ve, el profeta debe emplear palabras como "semejanza", "apariencia", "como si" y "la semejanza de la apariencia". Incluso el trono se convierte en "la apariencia de un trono" y Aquel que se sienta en él, aunque como un hombre, es tan diferente de uno que sólo puede ser descrito como "la semejanza de la apariencia de un hombre".

Cuando la Escritura afirma que el hombre fue hecho a imagen de Dios, no nos atrevemos a añadir a esa afirmación una idea de nuestra propia cabeza y hacer que signifique "a imagen exacta". Hacerlo es hacer del hombre una réplica de Dios, y eso es perder la unicidad de Dios y acabar sin Dios en absoluto. Es derribar el muro, infinitamente alto, que separa lo-que-es-Dios de lo-que-no-es-Dios. Pensar que la criatura y el Creador son iguales en su ser esencial es despojar a Dios de la mayoría de sus atributos y reducirlo a la condición de criatura. Es, por ejemplo, robarle su infinitud: no puede haber dos sustancias ilimitadas en el universo. Es quitarle Su soberanía: no puede haber dos seres absolutamente libres en el universo, pues tarde o temprano dos voluntades completamente libres deben chocar. Estos atributos, por no mencionar más, exigen que no haya más que uno a quien pertenezcan.

Cuando tratamos de imaginar cómo es Dios, tenemos que utilizar necesariamente lo que no es Dios como materia prima para que nuestra mente trabaje sobre ello; por lo tanto, sea lo que sea lo que visualizamos que Dios es, no lo es, porque hemos construido nuestra imagen a partir de lo que Él ha hecho, y lo que Él ha hecho no es Dios. Si insistimos en tratar de imaginarlo, terminamos con un ídolo, hecho no con las manos sino con los pensamientos; y un ídolo de la mente es tan ofensivo para Dios como un ídolo de la mano.

"El intelecto sabe que Te ignora", dijo Nicolás de Cusa, "porque sabe que Tú no puedes ser conocido, a menos que lo incognoscible pudiera ser conocido, y lo invisible contemplado, y lo inaccesible alcanzado."

"Si alguien expusiera algún concepto por el cual Tú puedas ser concebido", dice de nuevo Nicolás, "sé que ese concepto no es un concepto de Ti, pues todo concepto termina en el muro del Paraíso. Así también, si alguien hablara del entendimiento de Ti, ya que Tú eres absoluto por encima de todos los conceptos que un hombre pueda tener. marco".

Abandonados a nosotros mismos, tendemos inmediatamente a reducir a Dios a términos manejables. Queremos tenerlo donde podamos utilizarlo, o al menos saber dónde está cuando lo necesitamos. Queremos un Dios que podamos controlar en cierta medida. Necesitamos la sensación de seguridad que proviene de saber cómo es Dios, y cómo es Él es, por supuesto, un compuesto de todas las imágenes religiosas que hemos visto, de todas las mejores personas que hemos conocido o de las que hemos oído hablar, y de todas las ideas sublimes que hemos albergado.

Si todo esto suena extraño a oídos modernos, es sólo porque durante medio siglo hemos dado a Dios por sentado. La gloria de Dios no ha sido revelada a esta generación de hombres. El Dios del cristianismo contemporáneo es sólo ligeramente superior a los dioses de Grecia y Roma, si es que en realidad no es inferior a ellos en el sentido de que es débil e indefenso, mientras que ellos al menos tenían poder.

Si lo que concebimos que Dios es no lo es, ¿cómo pensaremos entonces en Él? Si en verdad es incomprendible, como declara el Credo, e inaccesible, como dice Pablo, ¿cómo podremos los cristianos satisfacer nuestro anhelo de Él? Las esperanzadoras palabras: "Conócelo ahora y quédate en paz", siguen en pie después del paso de los siglos; pero ¿cómo conoceremos a Aquel que elude todos los esfuerzos...?

¿esfuerzos de mente y corazón? ¿Y cómo vamos a ser responsables de conocer lo que no se puede conocer?

"¿Puedes tú, buscando, encontrar a Dios?" pregunta Zofar el Naamatita; "¿puedes tú encontrar al Todopoderoso hasta la perfección? Es alto como el cielo; ¿qué puedes hacer? más profundo que el infierno; ¿qué puedes saber?".

"Nadie conoce al Padre, sino el Hijo", dijo nuestro Señor, "y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". El Evangelio según San Juan revela la impotencia de la mente humana ante el gran Misterio que es Dios, y Pablo, en Primera de Corintios, enseña que sólo se puede conocer a Dios cuando el Espíritu Santo realiza en el corazón que busca un acto de auto-revelación.

El anhelo de conocer lo que no se puede conocer, de comprender lo incomprendible, de tocar y saborear lo inaccesible, surge de la imagen de Dios en la naturaleza del hombre. Lo profundo llama a lo profundo, y aunque contaminada y bloqueada por el poderoso desastre que los teólogos llaman la Caída, el alma siente su origen y anhela volver a su Fuente. ¿Cómo puede realizarse esto?

La respuesta de la Biblia es simplemente "por Jesucristo nuestro Señor". En Cristo y por Cristo, Dios se revela completamente, aunque no se muestra a la razón, sino a la fe y al amor. La fe es un órgano de conocimiento, y el amor un órgano de experiencia. Dios vino a nosotros en la encarnación; en la expiación nos reconcilió consigo mismo, y por la fe y el amor entramos y nos asimos de Él.

"Verdaderamente Dios es de una grandeza infinita", dice el trovador embelesado de Cristo, Richard Rolle; "más de lo que podemos pensar; ... incognoscible por las cosas creadas; y nunca puede ser comprendido por nosotros como Él es en Sí mismo". Pero incluso aquí y ahora, cada vez que el corazón comienza a arder con el deseo de Dios, se hace capaz de recibir la luz increada e, inspirada y colmada por los dones del Espíritu Santo, saborea las alegrías del cielo. Ella trasciende todas las cosas visibles y es elevada a la dulzura de la vida eterna....

En esto consiste verdaderamente el amor perfecto; cuando toda la intención de la mente, toda la obra secreta del corazón, se eleva al amor de Dios".

Que Dios pueda ser conocido por el alma en una tierna experiencia personal mientras permanece infinitamente alejado de los curiosos ojos de la razón constituye una paradoja que se describe mejor como

Oscuridad para el intelecto, pero sol para el corazón. Frederick W. Faber

El autor de la célebre obrita La nube del desconocimiento desarrolla esta tesis a lo largo de su libro. Al acercarse a Dios, dice, el buscador descubre que el Ser divino habita en la oscuridad, oculto tras una nube de incógnita; sin embargo, no debe desanimarse, sino fijar su voluntad con desnuda intención hacia Dios. Esta nube se interpone entre el buscador y Dios, de modo que nunca podrá ver a Dios claramente a la luz del entendimiento ni sentirlo en las emociones. Pero por la misericordia de Dios la fe puede penetrar en Su Presencia si el buscador cree en la Palabra y sigue adelante.

Miguel de Molinos, el santo español, enseñó lo mismo. En su Guía Espiritual dice que Dios tomará al alma de la mano y la conducirá por el camino de la fe pura, "y haciendo que el entendimiento deje atrás todas las consideraciones y razonamientos la arrastra hacia adelante. Así Él la hace por medio de un conocimiento simple y oscuro de fe para aspirar sólo a su Esposo sobre las alas del amor".

Por estas y otras enseñanzas similares, Molinos fue condenado como hereje por la Inquisición y sentenciado a cadena perpetua. Murió pronto en prisión, pero la verdad

que enseñó nunca muere. Hablando del alma cristiana dice: "Supongamos que todo el mundo y las concepciones más refinadas de las inteligencias más sabias no pueden decirle nada, y que la bondad y la belleza de su Amado superan infinitamente todos sus conocimientos, persuadida de que todas las criaturas son demasiado rudas para informarla y conducirla al verdadero conocimiento de Dios..... Debe entonces seguir adelante con su amor, dejando atrás todo su entendimiento. Que ame a Dios como Él es en Sí mismo, y no como su imaginación dice que Él es, y se lo imagina".

"¿Cómo es Dios?" Si con esa pregunta queremos decir "¿Cómo es Dios en Sí mismo?", no hay respuesta. Si queremos decir "¿Qué ha revelado Dios acerca de Sí mismo que la razón reverente pueda comprender?" hay, creo, una respuesta a la vez plena y satisfactoria. Porque aunque el nombre de Dios es secreto y su naturaleza esencial incomprensible, Él, en amor condescendiente, ha declarado por revelación que ciertas cosas son verdaderas de Sí mismo. A éstas las llamamos Sus atributos.

Padre soberano, Rey celestial, a Ti nos atrevemos ahora a cantar; Alegres confiesan tus atributos, Gloriosos todos, e innumerables. Charles Wesley